

Continúa el debate sobre el camino más adecuado para superar la crisis porque no todos coinciden con la receta clásica que impulsan Alemania y Francia. Por **Alejandro Banzas**

Europa debe pensar en tener distintos tipos de cambio

La crisis europea atraviesa su peor momento. Los países más afectados han comenzado a sentir un ajuste muy grande que ya hace mella en los bolsillos de sus ciudadanos y que no sólo achican sus consumos sino incluso cambian su estilo de vida. Reducciones del agudamiento, incremento en el IVA en el gas y la luz, o reducción lisa y llana del salario y otros recortes por el estilo no hacen más que hacer al continente y un impacto similar al de una devaluación, pero sin resolver un cambio estructural en su competitividad no permitiéndole salir de la crisis recesiva a la que ya se asoma la economía europea. Francia y Alemania se mantienen firmes en la salida clásica ortodoxa de asistencia de recursos financieros en la medida en que los países ajusten sus déficits. Este sería un enfoque parcial, y no contemplaría que el disparador de la crisis ha sido la falta de regulación del sistema financiero europeo y consecuentemente hacia allí deberían enfocarse las medidas. Nadie desconoce los desequilibrios fiscales estructurales que padecen algunos de los países involucrados, pero no es menos cierto que el Banco Central Europeo y las autoridades políticas han privilegiado la salud de los bancos por sobre las urgentes necesidades de la economía real, socializando las pérdidas bancarias a espaldas de los sectores más vulnerables. En efecto, las propuestas de Nicolas Sarkozy y de Angela Merkel en impulsar la creación de un impuesto a los capitales especulativos y reforzar la conducción política de la región sólo parecen un manotazo de abogado ante una situación social y económicamente desesperante. Al mismo tiempo, rechazaron instrumentar la colocación de un eurobono que absorba los bonos nacionales

emitidos por países críticos con poca credibilidad, no permitiendo una socialización de la crisis de los Estados problemáticos hacia el resto.

Las propuestas

Más allá de las diversas posturas que políticos, financistas y economistas del mundo ponen en discusión para que Europa salga del atolladero, lo que está en juego es la sostenibilidad de la moneda única y lo que la misma significa para el futuro del continente como así también la capacidad de liderazgo para efectuar un giro en materia de regulación que ponga un punto final a la globalización financiera tal como fue concebida. Estos dos ejes no están en la agenda en primer plano pero sí quizás en la puja de parte de sectores de poder económico que apuntalan el liderazgo de los principales actores.

Mientras esto sucede la economía real luce complicada, bajo un escenario en donde los EE.UU. no arrancan y China se convierte, una vez más, en una locomotora deseada por las grandes potencias mundiales pero que parecería no alcanzar para arrastrar al capitalismo en este momento crítico. Europa mantiene un alto componente de su PIB asentado en el sector servicios y éstos dependen fuertemente del crédito para el mantenimiento de un alto nivel de consumo, algo que ya está cuestionado hace un par de años y pone "un pie" sobre la posibilidad de crecimiento de la región.

El liderazgo industrial europeo se asienta principalmente en Alemania, Francia, Bélgica y Austria y, por lo tanto, la salida exportadora los hace más fuertes para afrontar una coyuntura en donde la devaluación monetaria no puede ser utilizada.

Los países mediterráneos (España, Italia, Portugal y Grecia) con un menor nivel de desarrollo, tienen economías que se basan en la agricultura y el turismo. Por lo tanto, están más acotadas al desarrollo del mercado interno y con menor presencia exportadora intrabloque. La crisis exige a todos los agentes involucrados creatividad y decisión política. La salida del euro de parte de los países más castigados sería oportuno pero de difícil concreción por ahora, ya que podría acarrear para el mundo un detonante de mayor inestabilidad y credibilidad sobre las economías europeas.

Podría considerarse el establecimiento de un tipo de cambio diferencial para los países mencionados. Una especie de euro devaluado, sin salirse de la moneda única; les permitiría alcanzar una mejora de la competitividad de sus exportaciones abaratando sus bienes y servicios permitiéndoles dar un impulso extra a su deteriorado nivel de actividad, siempre y cuando se haga al mismo tiempo de la aplicación de un conjunto de medidas que les permita revertir la tendencia negativa. Las pruebas de estrés dieron resultados moderadamente aceptables para el conjunto del sistema financiero europeo. No obstante no todas las miradas convergen en igual sentido; por el contrario, el mes próximo espera vencimientos de la deuda pública italiana y resultará clave las acciones que lleve a cabo la conducción política y económica europea.

En la actualidad los inversores, a través de las Bolsas de los países europeos, han castigado las acciones de algunos bancos (entre los que sobresalen ingleses, suizos y alemanes) y la actitud se asienta en la menor rentabilidad de los mismos y la

mayor exposición a la deuda pública de países críticos. España tampoco está ajena a los efectos, y a esto se suma la crisis estadounidense que tiene impacto en las entidades financieras que reciben fondos americanos de corto plazo para financiar préstamos de más largo plazo. Si bien este modelo de exposición de parte de algunos bancos es mirado con cuidado, no es menos cierto que el modelo de negocios que prevalece en España está dominado por la inserción de la actividad minorista y esto evita un problema pero alimenta la incertidumbre que se genera por una mayor mora de parte de una economía con más de 20% de desocupación.

En síntesis, Europa padece una incertidumbre generalizada que arrasa con la posibilidad de recuperación y que derivará tarde o temprano en la caída de gobiernos tanto de izquierda como en el caso de España o de derecha, como sería el de Italia, producto de una crisis social que supera el manejo puntual de un gobierno. La realidad indica que la puesta en marcha de la moneda única trajo aparejada —ante un escenario de crisis— las asimetrías sustantivas entre los países, cuyas debilidades y fortalezas aparecen con más fuerza y profundiza la falta de medidas rápidas en un momento crítico. Sin política monetaria, con un escenario mundial preocupante y con un sistema financiero inestable, la salida es muy difícil. Las autoridades europeas deberán poner el énfasis en la recuperación de la actividad real, una mayor regulación bancaria que construya una barrera de contención a la globalización financiera, y un tipo de cambio diferencial para los países más críticos. De lo contrario ingresará en un sendero recesivo por varios años.